

JOANA BONET

La moda y el hambre

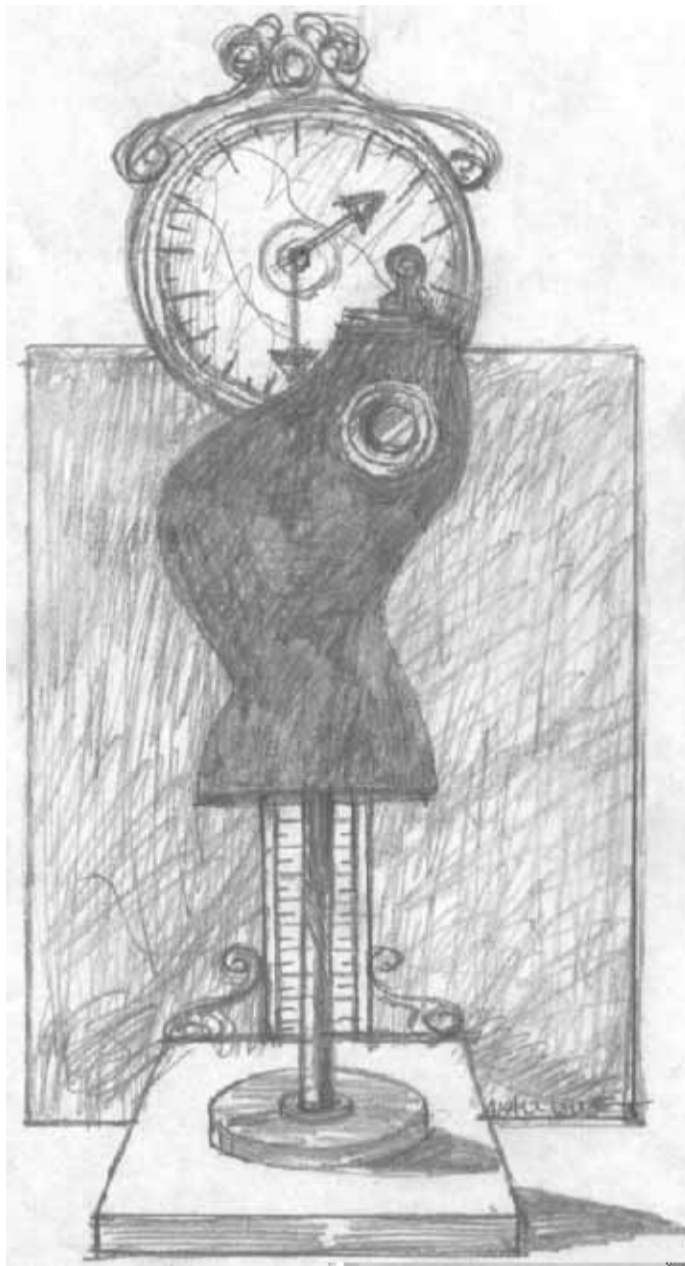
He visto a muchas jóvenes modelos, melenas lánguidas, metro noventa, alimentarse con una hoja de lechuga a lo largo de diez horas de trabajo en un plató. Algunas me han confesado que estaban allí por ser capaces de comer poco y, los días de trabajo, no comer. Mostraban un regocijo contenido por haber superado el temido casting con aquel director tan furibundo, de esos que por dos centímetros de más a una modelo de talla 36 la llaman gorda y la echan.

No es un tema nuevo; hace cien años ya existía la anorexia, aunque los motivos que empujaban a muchas mujeres a desaparecer de la luna del espejo eran de tipo religioso o espiritual. Llevamos décadas conviviendo con un imaginario femenino inalcanzable, de las *femmes fatales* a las *pin up*, de Audrey Hepburn a Nicole Kidman, de modelos de mujeres que rubrican altas expresiones de belleza y que a veces consiguen hacernos olvidar que forman parte de un privilegiado club, exento de grasa.

Es cierto que la moda airea mensajes inalcanzables, de hecho la mueven las agujas del sueño, provoca aspiración y deseo. Y se fotografía con mujeres delgadas. Pero su adaptación a la realidad depende del sentido común, además del buen gusto de cada individuo. No siempre la interpretación es afortunada, y soñar nada tiene que ver con hacer desfilas a muchachas disecadas, apenas una silueta avanzando sobre la pasarela. Pero de ahí a condenar el circo de la moda, como poseído por el demonio de la anorexia, hay un salto de vértigo, aunque sin duda es un buen titular que puede llegar a camuflar las verdaderas causas de este agujero negro desde donde se considera al cuerpo como un enemigo.

Según una encuesta reciente, las españolas somos las europeas que tenemos la autoestima más baja. Más del 60% dice no gustarse, y eso no tiene que ver con la melancolía. La presión del mito de la belleza, sumada a otra decena de exigencias que recaen sobre la mujer, ha contribuido a que se disparara la alarma social por la multiplicación de los trastornos alimenticios entre las adolescentes. Las estadísticas dicen que una de cada cien chicas jóvenes padece anorexia. Llegan a perder el 35% de su peso. En solitario. Su viaje hacia la extrema levedad es un secreto. Suelen ca-

JOANA BONET, periodista



AVALLONE

**LA MODA SÓLO ES EL
escaparate más vistoso de la
anorexia, pues en el interior
se esconde un profundo
desencanto**

llar sus fantasmas y sus desmayos. No son capaces de dejarse ayudar, y lo que funciona para una, fracasa en la otra a pesar de los avances en la investigación y tratamiento de la enfermedad. Lo específico de la anorexia es cómo son de penetrantes las ideas que se refie-

ren a engordar o a comer, reduciendo la vida a milésimas de gramo, o decimales de calorías, sin poder ver más allá de la báscula.

Mientras las asociaciones de afectados reclaman la toma de medidas urgentes, y el PSOE pide explicaciones a la Comunidad de Madrid por las tallas 34 que desfilaron en Cibeles, la Pasarela Gaudí Novias ha anunciado que no contratará a modelos con tallas inferiores a la 38. Por su parte, Pasarela Barcelona ha enviado un comunicado, tras reunirse con las agencias de modelos, rechazando "actitudes que puedan favorecer problemas de salud relacionados con el peso", pero sin limitar la talla.

Sería demasiado fácil si a la anorexia se la pudiera combatir con un número —recordemos que también hay mujeres delgadas y saludables— y resultaría una simplificación del problema, que más que con seis centímetros tiene que ver con el detonante que impulsa a abandonarse en una actitud dramáticamente autodestructiva. Sus orígenes parecen mucho más complejos y guardan relación con sentirse mal querida, marcada por un perfeccionismo obsesivo y narcisista, azotada por una competitividad difícil de digerir; también por la práctica insana de algunos deportes solitarios, o por los misterios de la genética.

Ojalá desde los organismos competentes se inste a los diseñadores y a las grandes empresas fabricantes de moda en España a que apliquen un código para seleccionar modelos saludables y que no toleren una delgadez enferma, ni en sus campañas ni en sus desfiles. Es una medida que implicaría estar alerta, y que podría ser secundada por otra demanda urgente que debería de impulsar la ministra de Sanidad, Elena Salgado, la de promover una universalización de las tallas, para que una 38 deje de ser la 42 según la marca, o viceversa. Un baile de tallas que afecta al centro de la vulnerabilidad de muchas chicas adolescentes: su cuerpo.

Pero esta medida no tiene sentido de forma aislada si no se vincula a programas de educación y de prevención, con controles de salud permanentes. Porque no olvidemos que la moda sólo es un envoltorio del problema, el escaparate más vistoso de la anorexia. En el interior se esconde un profundo desencanto que, más que con la pasarela, tiene que ver con la fragilidad de los afectos y con aprender a quererse.●

LLUÍS FOIX

Las opciones de Israel

El Israel político de hoy ya no responde a aquellos parámetros trazados por Ben Gurion y continuados por los sucesivos gobiernos laboristas hasta la llegada del Likud de Menahem Begin a finales de los años setenta. Aquel pueblo con tanta historia y con tan poca geografía conseguía un territorio para vivir en paz y construir la patria hebrea dentro de un Estado moderno y democrático.

Al margen de los conflictos ya endémicos con los palestinos que se consideran ocupados por los israelíes, el problema de fondo tiene también una raíz demográfica. La primera responde a lo que los sociólogos han denominado "las nuevas tribus de Israel" que han convertido el país en un mosaico multiforme de rusos, ultraortodoxos, árabes tradicionales, etíopes, judíos orientales y demás hebreos llegados de todo el mundo.

La hegemonía del sionismo de raíz europea dominado por el movimiento laborista aportó una cierta identidad común a los ciudadanos israelíes que echaron sus raíces en el cooperativismo agrario y en la educación. La transformación de las tierras áridas en verdegales fértiles es una prueba del éxito de aquel proyecto.

Israel es hoy, paradójicamente, uno de los países más plurales cultural y políticamente. Los resultados de las sucesivas elecciones muestran las distintas sensibilidades dentro de la sociedad israelí a la que pertenecen también más de medio millón de árabes israelíes.

El problema es cómo formar un Gobierno con tantos pedazos de una sociedad que, curiosamente, no tiene una identidad política definida para ponerse de acuerdo en las cuestiones básicas sobre el territorio, las fronteras y las relaciones con sus vecinos palestinos.

El problema arranca de la guerra triunfal de 1967 cuando los ejércitos israelíes conquistaron en seis días Cisjordania, Gaza, el Sinaí y los Altos de Golán. Ganaron territorios sin dar salida política a los habitantes que moraban en aquellas tierras que no quieren ser israelíes pero tampoco se les deja que lo sean.

Israel no puede seguir siendo un Estado judío y una democracia y, a su vez, controlar todos los territorios que van desde el río Jordán hasta el mar Mediterráneo. La separación en dos estados es inevitable. Pero nadie tiene la fórmula mágica para hacerlo. Las posibilidades que se barajan son el control de todos los territorios a través del *apartheid*, expulsar a todos los palestinos o darles todos los derechos políticos. Las tres opciones son inviables por no decir imposibles.●

DEBATE *Multiculturalismo* / RICARD ZAPATA-BARRERO

Políticas de bienestar

El Ecuador de la legislatura del Govern tripartito es también el momento en el que el político busca transmitir a la ciudadanía la sensación de entrar en una nueva etapa a través de nuevos mensajes que contrasten con la etapa anterior. En este marco, ya hace unas semanas el presidente Maragall nos dijo: "Ahora abrimos una fase donde dejamos las políticas de identidad y comenzamos las políticas de bienestar".

Los que trabajamos la multiculturalidad sabemos que esta separación es falsa. Diría incluso que estos dos tipos de políticas se confunden en la práctica. El principal reto de las políticas públicas es repensar su forma de definir sus objetivos en términos de gestión de identidades; su

R. ZAPATA-BARRERO, profesor titular de Ciencia Política, UPF

principal problema es querer mantenerse ante una lógica de hacer del siglo XX. Hoy en día, los que trabajan las políticas saben que, al mismo tiempo que se propone un plan de acción que salga de cualquier concejalía/conselleria/ministerio, deben también gestionar temas relacionados con la diversidad cultural. Querer resolver problemas de desigualdad social y económica sin ver que estamos ante un proceso de pauperización paulatina de ciertas expresiones culturales y religiosas puede consolidar la diferenciación de la sociedad por razones de nacimiento y pertenencia cultural. La innovación administrativa y política en esta nueva década tiene hoy un claro componente cultural.

Vayamos al terreno con ejemplos. Preguntemos al sector laboral si no tienen que gestionar concentraciones de una única nacionalidad

(los marroquíes, a la construcción, las dominicanas, a cuidar gente mayor, las filipinas, al servicio doméstico, etcétera); preguntemos al sector sanitario si no deben también socializar a los propios médicos de familia en la multiculturalidad porque cada vez es más evidente que la misma sanidad debe resolver conflictos diarios, dado que cada cultura tiene pautas de interpretación de una enfermedad diferenciada; y si nos adentramos en el sector de la educación, también debe gestionarse la existencia de maestros racistas, de niños que llegan a su casa con síndrome de culpa porque le acaban de leer en libros de texto que los *suyos* musulmanes invadieron España y que España tuvo que ser reconquistada por un frente cristiano, mientras que nosotros no invadimos los países musulmanes a través del colonialismo, ni los roma-

**HAY QUE REPENSAR
las políticas de bienestar
en términos de recursos
necesarios para gestionar
la diversidad cultural**

nos nos invadieron y fueron buenos (Pilato fue una excepción).

Esto no es un tema pasajero, sino un cambio cualitativo que hay que tener presente. Si bien la política de la segunda mitad del siglo XX fue básicamente una política de bienestar, la del siglo XXI es una política de identidades. El proceso de multiculturalidad, la acomodación de personas con culturas/religiones diferentes tan dignas como las nuestras,

no es una pura especulación académica, sino una realidad que está penetrando en todas nuestras formas de pensar las ciencias sociales en general, las políticas públicas en particular. Hacer política de bienestar hoy en día requiere que los que toman decisiones políticas y sus profesionales tengan una mente multicultural. Esto no es únicamente un tema de formación, sino también de generación. Con esta nueva lógica de pensar y de actuar debemos pensar la política en todas sus dimensiones, tanto la que se transmite y forma en las universidades como la que se practica en los parlamentos. Pidamos, pues, que en esta *segunda fase* del Govern tripartito se fomente también repensar las políticas de bienestar en términos de recursos necesarios para gestionar la diversidad cultural que tiene un claro componente socioeconómico.●